

La debilidad mental de Lacan (Observaciones sobre el uso del término en su enseñanza)

*The mental weakness of Lacan
(Observations on the use of the
term in his teaching)*

Por Pablo D. Muñoz

RESUMEN

En la enseñanza de Jacques Lacan no encontramos una teoría de la debilidad mental, lo que no impide, sin embargo, encontrar varios comentarios suyos sobre este término. Se trata de algunas versiones lacanianas de la debilidad mental que, desperdigadas por sus seminarios, escritos y conferencias, no conforman una unidad articulada. En este trabajo las recopilamos, las contrastamos y ensayamos algunas articulaciones posibles.

Palabras clave: Debilidad mental - Holofrase - Discurso - Sinthome

SUMMARY

In Jacques Lacan's teaching we did not find a theory of the mental weakness, which does not prevent from finding there, nevertheless, several commentaries on this term. Those are lacanian's versions of mental weakness that, dispersed in his seminars, writings and conferences, they do not conform a articulated unit. In this work we compiled them, we compare them and we try some possible joints.

Key words: Mental weakness - Holofrase - Speech - Sinthome

“Freud era un débil mental
-como todo el mundo,
y como yo mismo en particular...”

Lacan, J., Seminario del 19 de abril de 1977

Como puede observarse, preferimos hablar del uso del *término* en la enseñanza de Lacan y no de *concepto*. Pues, la debilidad mental es objeto en ella de un tratamiento muy dispar, a punto tal que podemos contar rápidamente sus escasas referencias. En consecuencia, no hay un *concepto lacaniano de debilidad mental* -lo que no impedirá que localicemos algunas dispersas y disímiles conceptualizaciones, e intentemos articularlas entre sí-.

Se propone en este trabajo efectuar un recorrido que presente de modo completo esas referencias con el objetivo doble de, por una parte, elucidar cada una de ellas en el contexto conceptual en el que se insertan en la enseñanza de Lacan, y, por otra parte, avanzar en un intento de su articulación, sin por ello obturar la hiancia que las separa, vale decir: no construir una teoría lacaniana de la debilidad mental, inexistente como tal.¹

1. Discusión de competencias

En la actualidad, el término debilidad mental es disputado por múltiples discursos. Ya sea médico, psicológico, jurídico, todos tienen algo que decir al respecto. En tanto categoría clínica, la debilidad mental es discutida en lo que hace a su tratamiento. Desde comienzos del siglo XX, fue considerada una patología ligada a cierto déficit, lo cual invoca intervenciones tendentes a suplirlo. El niño “no aprende”, “no entiende”, no realiza con efectividad tareas que para otros son simples. La

psiquiatría -en cuanto discurso médico- concibe los estados de retraso mental como insuficiencias congénitas del desarrollo de la inteligencia -se trata de sujetos con un “equipamiento cognitivo insuficiente”- y deben tratarse como tales.

En su *Tratado*, Henri Ey refiere los tres criterios de clasificación más utilizados por diversos autores: un criterio psicométrico, basado en el nivel mental de coeficiente de inteligencia medido por técnicas; un criterio escolar, que considera débil mental a todo individuo incapaz de seguir la escolaridad de los niños de su edad; y un criterio social, en donde es considerado débil aquel que no puede llevar una existencia independiente y no logra su autonomía económica (Ey 1965, p. 569).

Independientemente del criterio clasificatorio y las ambigüedades que podemos situar en cada uno de los citados y otros que dejo de lado, es notable que en el abordaje de la debilidad mental siempre se genera un imaginario segregatorio, unido a sentimientos como la compasión y la pena. Muchas veces, para mitigar este efecto, se tiende a utilizar eufemismos que apuntan a minimizar la discapacidad, como por ejemplo ha tomado vigencia la calificación de “capacidades diferentes”, como si ello borrara la contingencia de la debilidad.

En ese sentido, la historia de la humanidad se ha expresado: se cuenta que los débiles mentales se salvaron del genocidio nazi porque la Iglesia alemana se opuso a su exterminio -siendo que los judíos, los homosexuales y los gitanos no recibieron esa “bendición”-.

Pues bien, el entrecruzamiento de dis-

curso señalado en torno de la debilidad mental hace que muchas veces se equivoque su abordaje desde el campo del psicoanálisis, olvidando que de lo que se trata con un paciente, aun al que se le pueda aplicar esa categoría, es de localizar la dimensión de sujeto.

2. Freud: debilidad psíquica

La debilidad mental no es una categoría clínica con la que Freud haya operado. Sin embargo, hay en su obra un uso preciso del término.

En *Estudios sobre la histeria* Freud se refiere a la debilidad mental en relación con la idea de Janet de que “la endeblez mental” se encuentra en la base de toda histeria como componente genético, es decir orgánico. A diferencia de la concepción janetiana, Freud reconduce la debilidad mental a las condiciones del enfermar:

“En virtud de la enfermedad el rendimiento real suele volverse imposible (...) tampoco aquí se trata de una estupidez letárgica, flemática, sino más bien de un grado exagerado de movilidad mental, que lo torna a uno incapaz (...) Yo opino que en muchísimos casos hay en la base de la desagregación un mal rendimiento psíquico, la coexistencia habitual de dos series de representaciones heterogéneas” (Freud 1893-95, p. 242).

Esta distinción entre endeblez o debilidad mental y estupidez letárgica parece diferenciar lo anímico de lo orgánico. Así introduce la término “psique escindida”, la que estaría en continua excitación, un gran volumen de la misma sería confiscado por lo inconsciente, por lo tanto el rendimiento que resta para el pensar es tan escaso que expli-

ca la endeblez psíquica. Dice Freud:

“La inmensa mayoría son débiles mentales a raíz de esa reducción de su energía psíquica” (*Ibíd.*, p. 248). Según él en la histeria parece descansar en una propiedad: la sugestionabilidad. Esta concepción determina el modo en que Freud piensa el proceder psicoterapéutico:

“Las condiciones que se piden a los enfermos no son menores. Por debajo de cierto nivel de inteligencia el procedimiento es absolutamente inaplicable y cualquier contaminación de debilidad mental lo dificulta de manera extraordinaria” (*Ibíd.*, p. 272).

La primera conclusión que podemos arrojar es que de estas referencias no se deduce en Freud la debilidad mental como categoría clínica sino por el contrario como un rasgo o propiedad del aparato psíquico, por tanto, susceptible de generalización.

3. Lacan: debilidad mental y sujeto

Para Lacan la debilidad mental tampoco configura una categoría clínica. Más bien, y sin retomar aspectos destacados por los otros discursos, de la lectura de las pocas páginas que destina a su análisis puede deducirse que intenta articular la debilidad mental con la noción de sujeto que ha forjado en su enseñanza. Y es en ello que radica su originalidad.

Podríamos conjeturar que lo que hace que Lacan se interese por la debilidad mental -además de haberse encontrado con la experiencia clínica de la dificultad de su tratamiento (*Cf.* más adelante las referencias de *El Seminario* 16)- es su habitual y difundida

caracterización: más allá de su causación orgánica o psicógena, evidencia una alteración en el proceso del pensamiento y en el uso del lenguaje, que suele ser descrito como “concreto” -por oposición a su uso “abstracto”-, acompañado de la ausencia de cierto rigor en el razonamiento. El débil mental no siempre logra despegarse del sentido literal de las palabras, por lo cual el equívoco le resulta inaccesible, aferrándose a lo que cree que es la verdad, y produciendo un discurso estereotipado y banal. Si esta descriptiva relación al lenguaje define la peculiaridad del débil mental, se abre la posibilidad de suponer allí una posición subjetiva.

De la articulación de la debilidad mental con la noción psicoanalítica de sujeto, en la perspectiva de Lacan, resultan distintas versiones que podemos considerar que, o bien son contradictorias entre sí, o bien enfatizan diversas aristas de dicha articulación siendo entonces susceptibles de anudarse entre sí. Las exponemos a continuación:

a) Primera versión

En *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (10 de junio de 1964) Lacan presenta las dos operaciones lógicas que dan cuenta de la causación del sujeto: alineación-separación. Con la primera indica que el sujeto busca su representación en el campo del Otro mientras que con la segunda da cuenta de la separación de la cadena significativa S1-S2, que implica una pérdida de goce que el álgebra lacaniana escribe: *a*, inscripción de una falta, llamada objeto pequeño *a* que no hace otra

cosa que nombrar un vacío. Momento lógico de constitución del deseo puesto que se produce en la articulación del sujeto con el intervalo en la cadena significativa del Otro donde Lacan localiza el enigma de su deseo. De allí la producción del *a* como resto, perdido, operación que en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* Lacan nombra “extracción del objeto *a*”.

La alienación es definida como: “el significante es lo que representa al sujeto para el otro significante” (Lacan 1964, p. 244), con lo cual indica que al “buscar” representarse en el Otro el sujeto se aliena a sus significantes y, en consecuencia, produce un efecto de afánisis, es decir de desvanecimiento. De ello se deducen al menos dos cuestiones que nos interesan ahora: primero, que ese espacio que se abre entre un significante y otro, ese intervalo, es el espacio del deseo, por tanto, es lo que posibilita la metáfora y la metonimia; y segundo, que la función del significante no es entonces mera nominación, como si se tratara de “un etiqueta pegada a una cosa” (*Ibid.*).

A continuación, para ejemplificarlo, Lacan hace una relectura de la experiencia de Pavlov y demuestra que de lo que se trata en verdad es que lo que ordena la necesidad es el significante, que produce efectos sobre lo orgánico. El significante insta la necesidad como pérdida, de donde resulta el corte del deseo. El autoengaño de Pavlov es imponer al animal las mismas condiciones que al ser hablante, pues el ser hablante habla y eso implica poder preguntarse por el deseo del experimentador: ¿qué me quiere Pa-

vlov? Lo cual introduce la dimensión del Otro. El interés fundamental de Lacan en esta experiencia le permite formular:

“...que cuando no hay intervalo entre S_1 y S_2 , cuando el primer par de significantes se solidifica, se holofrasea, obtenemos el modelo de toda una serie de casos” (*Ibíd.*, 245).

En *El Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*, Lacan define la holofrase como una palabra que implica en sí misma la estructura de una frase. Es decir que es una operación por la que se puede nombrar toda una frase por medio de un único término, por ejemplo: “¡Fuego!”, “Help!”, etcétera. Comenta a propósito de ello:

“En los usos de algunos pueblos hay frases, expresiones que no pueden descomponerse, y que se refieren a una situación tomada en su conjunto” (Lacan 1953-54, p. 328).

Y da un ejemplo:

“...leí que los Fidjianos pronuncian en ciertas situaciones la siguiente frase, que no es una frase que pertenece a su lenguaje, y que no es reductible a nada: *Ma mi la pa ni pa ta pa*” (*Ibíd.*, p. 329).

Es como si el par significativo se compactara, como si se produjera una gelificación del significativo por la que no hay intervalo significativo sino un gel, compacto que, en consecuencia, impide las operaciones de la metáfora y la metonimia.

Ahora bien, Lacan se interesa a la vez por el contexto en que se emplea la holofrase y por ello recomienda a su auditorio prestar atención a las conversaciones comunes y corrientes. Se pregunta entonces, retomando el

ejemplo fidjiano:

“¿En qué situación se pronuncia esta holofrase? Nuestro etnógrafo [el que escribió el libro del que extrajo el ejemplo mencionado] lo escribe con total inocencia: *Situación entre dos personas, mirándose una a otra, esperando cada una que la otra ofrezca hacer algo que ambas partes desean pero que no están dispuestas a hacer*. Encontramos aquí definido con precisión ejemplar un estado de inter-mirada en el que cada uno espera del otro que se decida a algo que es preciso hacer de a dos, que está entre los dos, pero que ninguno quiere iniciar” [los destacados son de Lacan] (*Ibíd.*).

De modo que la holofrase aparece como algo donde lo que es del registro de la composición simbólica es definido en el límite, en la periferia:

“Toda holofrase está en relación con situaciones límite, en las que el sujeto está suspendido en una relación especular con el otro” (*Ibíd.*).

Es decir que allí donde se evoca algo del Otro, a descifrar por el sujeto, una palabra ocupa su lugar, quedando pacificada esa relación.

Esta composición permite pensar entonces toda una serie de casos, como dice Lacan, pero aclara:

“...si bien hay que advertir que el sujeto no ocupa el mismo lugar en cada caso” (Lacan 1964, p. 245).

Esta indicación clínica sugiere que en cada caso habrá que ubicar las coordenadas en las que se localiza el sujeto. La serie de casos a la que alude Lacan es el fenómeno psicossomático, la psicosis -habla fundamentalmente de la paranoia- y la introducción de la dimensión psicótica en la educación

del débil mental. Serie heterogénea, difícil de reconocer de buenas a primeras (nadie antes de Lacan lo sostuvo), sobre todo porque las manifestaciones clínicas y los tratamientos que corresponden al psicótico, al psicósomático y al débil mental son muy diferentes, tanto que a primera vista parecen no tener ningún punto en común, sobre todo porque la posición del sujeto en cada una difiere notablemente. Esta serie compuesta por Lacan tampoco afirma su identidad absoluta sino que, más bien, podemos notar que existe una noción que las pone "en serie", que las pone en relación, sin hacer de ellas un conjunto: la holofrase. No voy a desarrollar aquí la relación que cada una de ellas tiene con la holofrase sino que restringiré el análisis a la debilidad mental.

Lacan ofrece un cuadro en el que podemos situar con precisión al sujeto débil:

$$\begin{array}{ccc} X & \leftrightarrow & S_1 \\ 0. s, s', s'', s''', \dots & & S (i (a, a', a'', a''', \dots)) \\ S_2 & & \end{array}$$

Donde $0. s, s', s'', s''', \dots$ es la sucesión de sentidos y $i (a, a', a'', a''', \dots)$ es la sucesión de las identificaciones.

Al comentarlo, explica que:

"...la dimensión psicótica se introduce en la educación del débil mental en la medida en que el niño, el niño débil mental, ocupa el lugar en la pizarra, abajo y a la derecha, de ese S, respecto a ese algo a que lo reduce la madre -el mero soporte de su deseo en un término oscuro" (Ibíd., 246).

Es decir que la holofrase no es la *condición particular* de la debilidad sino que es la introducción de la dimensión

psicótica en la educación del débil, en la medida en que el niño es reducido por la madre a ese término oscuro en el que soporta su deseo. En consecuencia el sujeto débil mental se instala en S (i (a, a', a'', a''', ...)) marcado por S₁, marca del significante absoluto que recae sobre el sujeto y promueve una identificación. Se trata de la identificación incuestionable a un significante que soporta el deseo de la madre y que reduce al sujeto a esa oscuridad tan nebulosa que -como efecto de la holofrase- él es incapaz de cuestionar. Al instalarse en esa posición marcado por esa marca absoluta, por esa marca primera que solidifica, se fija y no se permite la dialéctica. El débil se identifica con ella, no la interroga.

En estos casos, con respecto al saber (S₂), los múltiples sentidos están reducidos a cero: O. s, s', s'', s''', Con estos sujetos entonces nos enfrentamos con un S₁S₂ sólido, sin la separación del guión (-), no quedando lugar, en consecuencia, para el deslizamiento de sentidos. Eso es la holofrase en la debilidad mental: "Tú eres" sin un atributo cambiante.

Pero esa posición del sujeto no es sin la participación del Otro: el niño débil mental se instituye como mero soporte del deseo materno en un término que llama "término oscuro", respecto de ese algo a que lo reduce la madre, dimensión psicótica donde la solidez de la cadena significativa no permite dialectizar y el sujeto queda allí fijado. Se trata de un niño débil psicotizado, que se identifica a un significante que soporta el deseo materno y que le impide cuestionar el sentido de esa identificación, justamente por efecto

de la holofrase. Aquí nuevamente reencontramos al Otro pero sin la función de mediación -aquí entendida como función de mediación entre significantes-. Se trata más bien de Otro que reduce al sujeto a un término oscuro en el que soporta su deseo, sin dialéctica, sin posibilidad de desplazamiento y de ubicarse de diferentes modos respecto de ese deseo del Otro. El niño débil se hace soporte de un no-saber sobre ese deseo oscuro que lo sostiene en el fantasma materno y que lo arrastra a identificarse, no consintiendo la *separación* de los significantes del Otro, fusionado a esa posición, impidiéndose preguntarse por el deseo del Otro. Esta concepción surge en Lacan también como respuesta a Maud Mannoni quien acababa de editar su libro sobre el tema (*El niño retardado y su madre*) en el que el niño y el cuerpo de la madre están pegoteados, solidificados. Lacan reconoce su avance y su esfuerzo por conquistar para el psicoanálisis un campo clínico que estaba dominado por la psiquiatría más medicalizante y reeducativa, cuestionando la “disfunción”, el diagnóstico basado en un “cociente intelectual” que mediría ese supuesto déficit, dando lugar a un particular modo de respuesta subjetiva; pero propone que se trata no del pegoteo del cuerpo sino que lo que está solidificado son los significantes. Constatamos así que Lacan, desde el inicio, concibe la debilidad mental bien lejos del déficit de inteligencia y muy cerca de un fenómeno de orden subjetivo. En efecto, como se evidencia en esa concepción deficitaria, cuerpo y organismo son equivalentes. Desde la perspectiva estructural delimitada

por Lacan, cuerpo y organismo son dos campos disjuntos que no se confunden. La única articulación posible entre ellos lo da la noción de sujeto. Podemos concluir que esta primera versión no ubica la debilidad mental como una categoría clínica, por dos razones: primero, porque Lacan refiere a la introducción de la dimensión psicótica en la educación del débil mental, es decir que no trabaja la debilidad mental como tal sino un efecto sobre su educación que, me parece, debe entenderse no como educación formal sino como la injerencia en el *infans* del deseo del Otro; y segundo, en la medida en que ello se explica a partir de la estructura de la holofrase, se inserta en una misma serie junto con la psicosis y el fenómeno psicósomático -serie evidentemente heterogénea-. Este desarrollo nos permite inferir que para el sujeto débil mental Lacan afirma su constitución en el campo del lenguaje, está -digamos así- en el lenguaje en tanto ha operado la alienación, pero el fenómeno de holofrase nos permite deducir que no ha operado el segundo tiempo lógico, el de la separación, lo cual se verifica en el efecto indicado por Lacan: el niño débil permanece atrapado como objeto del fantasma materno. Efectivamente, es en sus “Dos notas sobre el niño” donde Lacan afirma que:

“Cuando la distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre no tiene mediación (la que asegura normalmente la función del padre), el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas. Se convierte en el ‘objeto’ de la madre y su única función es entonces revelar la

verdad de este objeto” (Lacan 1969, p. 55).

Vale decir que cuando el significante del nombre-del-padre (NP) no media entre el Ideal del yo (I(A)) y el deseo de la madre (DM) introduciendo la terceridad, el niño ocupa no una parte en ese deseo sino todo, saturación que lo deja como correlativo del fantasma de la madre. El deseo de la madre no tendrá nada de enigmático. Por ello Eric Laurent concluye que pueden realizar perfectamente cálculos complejísimos pero que no tienen la misma destreza en las operaciones de desciframiento. No pueden descifrar el deseo en tanto están alienados sin mediación al discurso del Otro.

La ausencia de separación es entonces congruente con la imposibilidad de constitución del propio deseo, dado que no hay, en consecuencia, inscripción de la pérdida de objeto constitutiva del fantasma.

b) Segunda versión

Se trata de las breves menciones que Lacan efectúa en *El Seminario* 16. Allí, la debilidad mental se inscribe en una articulación entre los términos “saber” y “verdad”. El saber, distinto del conocimiento que es imaginario, corresponde a lo simbólico, es articulación significante. De allí que el inconsciente sea definido como un saber no sabido. El saber simbólico es entonces saber sobre la verdad del propio deseo inconsciente, y, en este sentido, es una forma de goce. La verdad está íntimamente ligada al engaño, ya que una mentira puede revelar la verdad sobre el deseo con más elocuencia que un enunciado sincero. Al respecto, dice Lacan en la clase XI: “La debilidad de

la verdad, administración del saber²:

“...el campo del servicio de la verdad, el servicio en tanto que tal entraña necesariamente a la mentira” (Lacan, 1968-69, p. 174).

Ejemplifica esta tesis señalando que tanto el clérigo que prospera como los partidos revolucionarios que se organizan a partir del proletariado como verdad del capitalismo, mienten obligatoriamente. De donde surge la pregunta:

“¿...la perla de la mentira es la secreción de la verdad?” (*Ibíd.*, p. 173).

Y concluye:

“...uno se ocupa un poquito demasiado de la verdad y se está tan enredado en ello que se llega a mentir” (*Ibíd.*, p. 174).

En este contexto se inserta la referencia a la debilidad mental:

“La única cuestión verdadera no es enteramente que eso tenga consecuencias, en tanto ustedes ven que, después de todo, es una forma de selección de elites, y es por ello que eso recoge, en un campo como en el otro, tantos débiles mentales” (*Ibíd.*).

Nuevamente recomienda recurrir a Maud Mannoni en tanto revela:

“...la relación de los débiles mentales con la configuración que nos interesa, que a nosotros analistas, evidentemente nos quema a nivel de la verdad” (*Ibíd.*).

A continuación Lacan evoca su práctica con la debilidad mental:

“En cuanto a mí, debo decir que me habitué bastante bien en los primeros tiempos de mi experiencia. Estaba admirado de ver que yo recogía brazadas de flores, de flores de verdad, cuando por inadvertencias,

tomé en psicoanálisis lo que Freud no habría tenido el derecho sino parecería el deber de descartar de él, a saber: un débil mental. No hay psicoanálisis, debo decir, que marche mejor, si se entiende por eso la alegría del psicoanalista. Esto no es quizá entera y únicamente lo que se puede esperar de un psicoanálisis, pero en fin esta claro que, para que él oculte las verdades que hace surgir al estado de perlas, perlas únicas en tanto que -hasta aquí yo no evocaba ese término más que a propósito de la mentira-, es necesario al menos que, en el débil mental, todo no sea tan débil” (*Ibid.*, 175).

Como analista de débiles Lacan obtuvo perlas de mentiras que pudieron haberlo puesto muy contento, pero que no es lo que se debe esperar de un análisis. De allí que Lacan lo refiera a la *astucia de la razón* de Hegel y a *El idiota* de Dostoïevski: “¿Y si el débil mental fuera un pequeño astuto?” (*Ibid.*) - este último es un personaje que se conducía maravillosamente en cualquier campo social que él atravesara y en cualquier situación de embarazo en que se entrometiera. Irónicamente entonces Lacan señala su desconfianza respecto de la astucia de la razón pues muchas veces ha visto la razón engañada aunque triunfando en una de sus astucias:

“Puede ser que Hegel lo viera. Él vivía en las pequeñas cortes de Alemania donde hay muchos débiles mentales y, quizás, allí fuera de donde él tomaba sus fuentes” (*Ibid.*).

Y finalizando su referencia a los débiles mentales, concluye interrogando: “En cuanto a la astucia de la que puede tratarse en esos simples de espíritu,

a los que alguien que sabía lo que decía los ha bautizado felices, dejo la cuestión abierta” (*Ibid.*).

En mi opinión, articulando estas referencias de *El Seminario* 16 con los desarrollos de *El Seminario* 11 y de las “Dos notas...”, podemos concluir que la astucia del débil radica en haber hallado una forma de suplencia que le permite conducirse maravillosamente, como dice Lacan, suplencia que radica en mantenerse alienados al discurso del Otro, sobre todo encarnado por su madre, como modo de evitar el encuentro con cualquier dimensión enigmática del deseo del Otro, desestabilizante. Como afirma Pierre Bruno:

“...el sujeto se hace débil para conservar al Otro intacto como verdad en la cual él se hace el sirviente” (Bruno, 1986, p. 36).

Se trata de saber si el débil mental está en capacidad de interrogar ese término oscuro, ya que en esa identificación deliberada, que le brinda cierta identidad, encontrará respuesta para todo.

c) Tercera versión

Otra referencia se encuentra en “*El Seminario* 19. ...o peor”, del año 1971-72. Allí ya no recurre al concepto de holofrase. Su definición sufre un deslizamiento hacia el concepto de discurso, pues llama debilidad mental:

“...al hecho de que un ser, un ser parlante no esté sólidamente instalado en un discurso. Es lo que hace el precio del débil.³ No hay ninguna otra definición que se le pueda dar, sino de ser lo que se llama un poco descarriado.⁴ Es decir que entre dos discursos, él flota” (15-03-1972).

En tanto el discurso es lazo social, la

debilidad mental implica una relación de desapego del lazo social. Vale decir que Lacan está indicando que se trata de una relación peculiar a la cadena significante y entonces al Otro. Si algo en el lazo al Otro asume este cariz de ausencia de solidez, puede llevarse al extremo de la no-relación al Otro. Entonces, el débil es *descarriado* porque se sale de los carriles de los discursos, no se instala allí con firmeza. Esto implica como consecuencia que clínicamente no cabe con él la dialéctica significante, si flota entre dos discursos no hay posibilidad de una lectura entrelíneas en lo que diga más allá de su literalidad, pues no hay posibilidad de preguntarse por el sentido de sus dichos. El lazo social supone la pregunta por el deseo del Otro. En ese sentido, al no instalarse sólidamente respecto de un discurso, el débil mental intenta no relacionarse al Otro, intenta ubicarse respecto del deseo del Otro angustiante como evitando tomar posición.

Pero respecto de esta relación a los discursos, Lacan extrae una consecuencia sorprendente:

“Para estar sólidamente instalado como sujeto, es necesario atenerse a uno o bien saber lo que se hace”
(*Ibíd.*).

Para instalarse con solidez como sujeto, hay que atenerse a un discurso. Es decir que para instalarse en una posición subjetiva “sólidamente”, hay que afirmarse en un discurso, de lo contrario, de un *parlêtre*, de un “hablanteser” no advendrá un sujeto instalado en un discurso, vale decir: restará como débil -posición subjetiva débil que no se afirma con consistencia y seguridad en un discurso-.

En este sentido, la versión de la debilidad mental de “El Seminario 19” puede entenderse en articulación con las precedentes, en el punto en el que el flotar entre discursos supone que entre el sujeto y la cadena significante del discurso del Otro no hay intervalo, de lo que resulta la idea del sujeto como holofraseado a la cadena significante del Otro y su correlativa imposibilidad de dialectización.

De allí que en la misma clase Lacan hable del “Uno débil mental” (*Ibíd.*).

d) Cuarta versión:

La debilidad como anudamiento

En “El Seminario 21”, Lacan explica lo que llama su nudo borromeo y lo califica de “esfuerzo pedagógico”. La referencia es Kant y su *Pedagogía*, texto que Lacan considera no sólo apasionante sino que:

“...nada mejor se ha escrito sobre el tema de lo que ocurre con los débiles, ni siquiera lo que escribió Maud Mannoni. El niño está para aprender algo” (04-12-1973).

Y agrega:

“...está hecho para prender algo, es decir para que el nudo se haga bien”.

Es decir que la buena pedagogía, el aprendizaje, la debilidad es hacer un buen nudo, anudar.

Y allí mismo indica:

“...en esta ocasión deseo que observen que el interés de juntar así en el nudo borromeo, lo simbólico y lo imaginario y lo real, es que de ello resulta, es decir que si el caso es bueno, basta con cortar uno cualquiera de esos redondeles de hilo para que los otros dos queden libres uno del otro. En otras palabras, si el caso es bueno -déj-

enme implicar que éste es el resultado de la buena pedagogía, a saber, que uno no ha fallado su anudamiento primitivo-, cuando a ustedes les falta uno de esos redondeles de hilo, ustedes deben volverse locos. Y es en esto (...) que el buen caso, el caso que he llamado 'libertad', (...) consiste en saber que si hay algo normal es que, cuando una de las dimensiones les revienta, por una razón cualquiera, ustedes deben volverse verdaderamente locos" (*Ibíd.*).

Lacan opone entonces anudamiento -es decir debilidad-, a locura⁵ - desanudamiento-. Esta oposición ya delineada aquí es explícitamente indicada años más tarde en "El Seminario 24" cuando llega a proponer, de un modo provocativo:

"Entre locura y debilidad mental, no tenemos sino la elección" (11-01-1977).

Así, podríamos leer con esta nueva formalización aquello que se planteaba en seminarios anteriores como pegoteo de significantes, holofrase. Más claro aún resulta, a mi entender, en la idea de la debilidad de "El Seminario 19", la que hemos numerado aquí como tercera, el sujeto pegoteado a la cadena significativa del Otro de modo que no puede instalarse *sólidamente* en un discurso. Esa es su *debilidad*. Podemos oponer entonces la debilidad a la solidez. La debilidad es correlativa de una ausencia de solidez en relación al discurso que no implica pegoteo, muy por el contrario, el pegoteo es propio de la debilidad pues, para poder instalarse sólidamente en un discurso, hace falta la "fortaleza" de no dejarse pegotear a él, incluso -reto-

mando los términos de *El Seminario* 11- separarse del Otro.

e) Quinta versión: La debilidad mental generalizada

A esta cuarta versión de la debilidad mental podemos complementarla con la que llamamos quinta versión que, en conjunto, configuran verdaderamente lo que podríamos llamar su generalización. Y ello lo lleva lejos a Lacan, tanto que no sólo puede decir: "No espero de ninguna manera salir de la debilidad (...) Como cualquiera, no salgo de ella más que en la medida de mis posibilidades. Es decir, sin avanzar" (Lacan 1975-76, p. 38).

Sino que puede asegurar la debilidad mental de Freud, pero también la de Platón, Aristóteles y Hegel (*Cf.* "El Seminario 19"). Pero no por alguna peculiaridad de dichos filósofos sino porque considera que todos los sistemas de pensamiento están marcados por la debilidad mental.

En efecto, en "El Seminario 22. R.S.I." (1975-76) Lacan radicaliza la noción de debilidad mental llevándola al extremo, dice:

"Hay algo que hace que el ser hablante se demuestre consagrado a la debilidad mental" (10/12/1974).

Es decir que todo *hablanteser* es débil por el hecho de hablar. Podríamos decir, por cierto de un modo poco preciso, que en esta tesis Lacan se acerca a aquella concepción freudiana de finales de hace dos siglos -señalada anteriormente- que situaba la endeblez como un rasgo del aparato psíquico.

Y esa debilidad mental es vinculada por Lacan -en un sentido amplio- con

el registro imaginario:

“...eso resulta de la sola noción de Imaginario en tanto que el punto de partida de esta es la referencia al cuerpo y al hecho de que su representación no es sino el reflejo de su organismo” (*Ibíd.*).

Es decir, que la debilidad mental del ser hablante es responder a lo real con lo imaginario. La primera respuesta al vacío insoportable de lo real es el sentido, que es el modo de abordar lo real intuitivamente, por oposición a la demostración, que es tomar la vía de lo simbólico. Por ello Lacan concluye que todos los sistemas de pensamiento son débiles, como ya indicamos. Incluso su enseñanza:

“No veo por qué lo que yo les aportarí sería menos débil que el resto” (*Ibíd.*).

La debilidad mental es respuesta al vacío de lo real, imposible lógico nombrado por Lacan como “no hay La mujer” o “no existe relación/proporción sexual”. Es decir no hay complementariedad entre los sexos, y la debilidad mental propia del pensamiento es suponer la existencia de esa relación bajo la forma de la copulación.

Pero señalé que Lacan vincula en un sentido amplio debilidad e imaginario pues en verdad, esto desemboca en la novedad que introduce *El Seminario 23*, el concepto de *sinthome*, y su articulación con lo real, lo real del inconsciente:

“Si lo real está desprovisto de sentido, no estoy seguro de que el sentido de este real no podría aclararse al ser considerado como nada menos que un *sinthome*” (Lacan 1975-76, p. 133).

La función del *sinthome* es para Lacan

explícitamente articulada a la noción de debilidad mental como anudamiento: “el *sinthome*, permite reparar la cadena borromea...” (*Ibíd.*, p. 91) en tanto la cadena se ha desencadenado por el error o lapsus que conduce a su desencadenamiento. La perspectiva de *El Seminario 22* es aquí retomada en iguales términos:

“...lo *sentido* como *mental*, lo sentimental, [es] débil, porque siempre en algún aspecto puede reducirse a lo imaginario” (*Ibíd.*, p. 38).

Y la respuesta ante el mismo real:

“Allí donde hay relación es en la medida en que hay *sinthome*, es decir, donde el otro sexo es sostenido por el *sinthome*” (*Ibíd.*, 99).

Si “El *sinthome* es sufrir por tener un alma” (9-11-1975), la debilidad mental, es decir, el *sinthome*, es “enfermedad del alma” y solución ante el encuentro con el A mayúscula barrada, ligada al hecho de que no hay Otro del Otro.

En conclusión, en los términos de la oposición encadenamiento-desencadenamiento, esta concepción de la debilidad mental queda del lado del encadenamiento: respuesta *sinthomática* a lo que viene de lo real y desanudada, desarticula, vuelve *loco*, la debilidad mental es respuesta a la *locura* de lo que desencadena.

Para concluir: Debilidad mental y estructuras freudianas

Hay coincidencia en muchos autores en que es adecuado localizar al débil mental en tanto sujeto, en relación con las estructuras freudianas, especialmente neurosis y psicosis -por supuesto en aquellos casos cuya causalidad no es orgánica sino psicógena

(para tomar los términos de la discusión de Lacan en “Acerca de la causalidad psíquica” con H. Ey sobre la locura).

En ese sentido, Maud Mannoni no duda en indicar que los débiles mentales son o bien neuróticos inhibidos o bien psicóticos (hayan o no desencadenado su psicosis).

Eric Laurent, por su parte, prosiguiendo la tesis de “El Seminario 19” propone que el débil mental:

“...se protege del saber identificándose con un lugar en el cuál, empero, no está sólidamente fijado. Esto es lo que lo distinguiría de la debilidad neurótica... [que] interroga lo verdadero, quiere justificarlo y el débil como tal que se identifica al lugar de lo verdadero bajo un modo apasionado”.⁶

Vale decir que establece una diferencia entre justificar la verdad (debilidad neurótica), que sólo puede hacerse sobre la base de su interrogación, y la debilidad mental que se identifica apasionadamente a ese lugar de la verdad.

De este modo se delimita un borde de la debilidad mental que se ordena en el campo del discurso (en tanto fálico), y que debemos oponer a la debilidad mental en la psicosis, que se halla fuera de discurso (aunque en el campo del lenguaje), mientras el débil neurótico no se instala con solidez en él.

Podríamos incluso distinguir débiles psicóticos como producto del desencadenamiento de la psicosis cuyas consecuencias devastadoras no le dejan lugar para reconstruir -para seguir la perspectiva freudiana- un mundo imaginario ordenado y sostenido por lo simbólico, de los débiles psicóticos que no han desencadenado una

psicosis clínica pero que se mantienen estabilizados en esa alienación al Otro que hemos ubicado con Lacan como la astucia de su razón.

De todos modos, podemos concluir que del uso del término “debilidad mental” en la obra de Lacan, se deduce que se trata de una posición posible para el sujeto, posición débil, pero que no corresponde a una estructura freudiana. Lacan nos ofrece un uso de la categoría de debilidad mental que no responde a la lógica tripartita con que se construyen las estructuras freudianas, y que, por ende, aunque pueda articularse a ellas, tiene una lógica diversa y que, como tal, permite explicar una serie de fenómenos clínicos que no se explican por el trípode neurosis-psicosis-perversión. Más bien pareciera que, prosiguiendo con esta hipótesis, podríamos hablar de la debilidad mental como una categoría que atraviesa las estructuras clínicas, perpendicularmente, no coincidiendo con ninguna de ellas aunque pudiéndose establecer, según los casos, su articulación.

En este sentido, si se trata de una posición subjetiva posible, en neurosis, psicosis o perversión, esta categoría da cuenta de que el diagnóstico en psicoanálisis es mucho más que aquello que se resume en el célebre trípode estructural freudiano producido por la lectura de Lacan, que, a veces, según se lo use, resulta demasiado “pedagógico”.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BRUNO, P. (1986), "Al lado de la placa: sobre la debilidad mental", pp. 31-59. En *Traducciones 2*, Fundación Freudiana de Medellín, Colombia.
- EY, H.; BERNARD, P.; BRISSET, CH. (1965), *Tratado de psiquiatría*, Masson, Barcelona, 1978.
- FERRATER MORA, J. (1941), *Diccionario de Filosofía*, Ed. Atlante, México, 1944, (segunda edición).
- FREUD, S. (1893-95), "Estudios sobre la histeria", pp. 1-315. En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol., Buenos Aires.
- KANT, I. (1803/1983), *Pedagogía*, Akal, Madrid, 1991.
- LACAN, J. (1946/2002), "Acerca de la causalidad psíquica", pp. 151-190. En *Escritos 1*, México, Siglo XXI, 2008, (edición revisada).
- LACAN, J. (1964/1987), *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1995.
- LACAN, J. (1968-69/2006), *Le Séminaire. Livre XVI : "D'un Autre à l'autre"*, Paris, Seuil.
- LACAN, J. (1969/1988), «Dos notas sobre el niño». En *Intervenciones y textos 2*, pp. 55-57, Manantial, Buenos Aires.
- LACAN, J. (1971-72), "El Seminario. Libro 19. ... o peor". Inédito.
- LACAN, J. (1972-73/1981), *El Seminario 20. Aun*, Paidós, Buenos Aires, 1995.
- LACAN, J. (1973-74), "El Seminario 21. Los no incautos yerran o Los nombres del padre". Inédito.
- LACAN, J. (1974-75), "El Seminario 22. R.S.I.". Inédito.
- LACAN, J. (1975), "Conclusion des Journées d'étude de l'École freudienne de Paris. Inédito.
- LACAN, J. (1975-76/2006), *El Seminario 23. Le sinthome*, Paidós, Buenos Aires.
- LACAN, J. (1976-77), "El Seminario 24. L'insu que sait de l'une-bevue s'aile à mourre". Inédito.
- LAURENT, E. (1989), "Psicosis y debilidad", pp. 36-45. En *Estabilizaciones en las psicosis*, Manantial, Buenos Aires.
- LAURENT, E. (desconocido), "El goce del débil". (Se desconoce su publicación aunque se puede consignar su paginación: pp. 145-149).
- MANNONI, M. (1964), *El niño retardado y su madre*, Paidós, Buenos Aires, 2005
- O.N.U. (1971), Declaración de los derechos del retrasado mental y Declaración de los derechos de los impedidos proclamada por las Naciones Unidas.

NOTAS

- ¹Este trabajo es el resultado de un camino colateral tomado en nuestra investigación UBACyT P601: "Variaciones del concepto de locura en la obra de J. Lacan. Su incidencia en el diagnóstico diferencial neurosis-psicosis" acreditada para el período 2008-2010.
- ²Las referencias pertenecen a la versión francesa, cuya traducción arriesgo.
- ³Puede traducirse también: "lo valioso del débil".
- ⁴También se lo suele traducir "descarrilado". En francés "à côté de la plaque". Expresión por la que la frase podría traducirse literalmente: "No hay ninguna otra definición que se le pueda dar, sino estar lo que se dice un poco al lado de la placa".
- ⁵En el trabajo de investigación en curso UBACyT P601 ya mencionado (Cf. Nota N° 1), hemos avanzado en el sentido de localizar y precisar diversos usos del concepto de locura por parte de Lacan, entre ellos, uno de los que se presenta aquí: la locura como desanudamiento. Para un desarrollo más acabado de este tema, Cf. Muñoz, P. (2007): "El concepto de locura en la obra de Jacques Lacan". En *Anuario de Investigaciones*, N° XV, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología, Secretaría de Investigaciones, pp. 87-98. Y también Muñoz, P. (2008): "De locuras, encadenamientos y desencadenamientos". En *Revista ANCLA. Psicoanálisis y Psicopatología* (Revista de la Cátedra II de Psicopatología de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires), N° 2, Ancla Ediciones, Buenos Aires.
- ⁶Laurent, E.: "El goce del débil", pp. 147-148.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Lic. en Psicología (UBA); Magíster de la Universidad de Buenos Aires en Psicoanálisis; Docente regular del área Psicología Clínica y Psicopatología. Director de Proyecto UBACyT: "Variaciones del concepto de locura en la obra de J. Lacan. Su incidencia en el diagnóstico diferencial neurosis-psicosis". Autor del libro: *La invención lacaniana del pasaje al acto. De la psiquiatría al psicoanálisis*, Manantial, Buenos Aires, 2009.

E-mail: pmunoz@psi.uba.ar